

## La seducción femenina a través de la literatura medieval

Resulta siempre difícil llevar a cabo un estudio que trate de abarcar todo el período medieval. Y no se debe este hecho sólo a la distancia temporal que separa nuestros días de aquellos –¡cuán más complicada se alza, desde esa perspectiva, la tarea de quienes estudian la Edad Antigua!–, sino a que es sumamente improbable localizar un aspecto que no sufriese variación alguna durante una época cuya existencia se acerca al milenio.<sup>1</sup> Así, la caza de brujas se recrudeció con el paso de los años –llegando a su apogeo después del medioevo–, las tácticas militares evolucionaron y el arte sufría variaciones, cristalizando en la aparición de nuevos estilos, entre otros muchos ejemplos que podríamos citar.

Tampoco se vio libre de alteraciones el mundo de las mujeres. Sin embargo, y aunque su situación era bastante mejor en 1450 que en el año 700, la visión misogínica se mantuvo generalizada en una sociedad tan patriarcal como la que encontramos en la Edad Media: según la creencia medieval, la mujer era descendiente de Eva, siendo pues una criatura perversa por naturaleza.<sup>2</sup> Pero también era débil, por lo cual debería centrar sus funciones primordiales en servir al hombre y darle hijos, retoños que perpetuasen el linaje paterno,<sup>3</sup> siendo el matrimonio un negocio materialista entre el prometido –o su familia– y los padres de la novia, tal y como sucedía en las bodas para la ampliación de poder territorial o económico gracias a la unión de familias mediante desposorios. Sin duda alguna, un caso modélico sería el de las bodas de la nobleza para conseguir unos fines bastante alejados de los amorosos. Todo esto hacía que las mujeres estuviesen en muchas ocasiones insatisfechas con sus esposos, pues el amor y el matrimonio no siempre iban a la par:

\* Licenciado en Filología Inglesa. Universitat Jaume I de Castelló. Miembro de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval.

1 Desde la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476 hasta la toma de Constantinopla por los turcos el 29 de mayo de 1453.

2 Robert Archer e Isabel De Riquer: «Introducción» a *En Contra las Mujeres: Poemas Medievales de Rechazo y Vituperio*. Introducción, edición, traducción y notas de Robert Archer e Isabel de Riquer. Barcelona, *Quaderns Crema*, 1998. pp. 11- 103. p. 96.

3 Georges Duby: «El Matrimonio en la Sociedad de la Alta Edad Media». Extracto del discurso inaugural pronunciado con motivo del congreso organizado por el Centro italiano de estudios sobre la Edad Media en Espoleto, 22-28 de abril de 1976. En Duby, Georges: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Madrid, Alianza, 1990. pp. 13-31, p. 19. (Edición original: *Mâle Moyen Age. De l' amour et autres essais*. Paris, Flammarion, 1988). Y G. Duby: «¿Qué se Sabe del Amor en Francia en el siglo XII?» en *op. cit.* pp. 32-45, p. 35. (Edición original en «The Zaharoff Lecture for 1982-1983». Nueva York, Oxford University Press, 1983).

Bello amigo, amable y bueno,  
 ¿cuándo os tendré en mi poder?  
 ¡Podría yacer a vuestro lado un atardecer  
 y podría daros un beso apasionado!  
 Sabed que tendría gran deseo  
 de teneros en el lugar del marido,  
 con la condición de que me concedierais  
 hacer todo lo que yo quisiera.<sup>4</sup>

Así pues, ¿qué sucedía en el seno de la pareja? El negocio también marcaba unas pautas de comportamiento sexual. Mientras al hombre se le permitía diseminar su semilla con relaciones extramatrimoniales, la esposa únicamente debía mantener contacto carnal con su marido. Por supuesto, no se debe esta actitud a la fidelidad, sino a razones totalmente comprensibles desde la perspectiva medieval pues, de este modo, el esposo prolongaba su estirpe con otras mujeres. Por contra, si su mujer diese a luz hijos bastardos, esto daría en consecuencia unos falsos herederos de los bienes pertenecientes a su «pater putativus», en lugar de pasar a manos de hijos legítimos por cuyas venas corriese la sangre paterna.<sup>5</sup> Podemos apreciar, pues, que el amor tal y como lo entendemos hoy poco importaba. Y, de hecho, el mismo término «amor» implicaba más bien una gran dosis de apetito sexual que una atracción de igual a igual entre hombre y mujer cuyo amor va más allá de su aspecto físico, según la perspectiva actual:

No había en él juntura de huesos ni un solo punto en el interior de una uña que no estuviera enteramente penetrado del amor de la joven, por no hablar de la parte que más debería estarlo.<sup>6</sup>

Mucho se ha escrito sobre el amor medieval, pero bastante menos del tema central en nuestro estudio: aquello que hacía surgir ese deseo carnal en el hombre, las artes seductoras de la mujer, tanto a nivel de conquista física como psicológica. Nos centraremos en el estudio de este aspecto en la cultura occidental del medievo, tomando por fuente varios textos literarios medievales. Esto parecerá algo poco objetivo a primera vista, pues la literatura no refleja con exactitud lo que sucedía en la vida real, idealizándose

4 Así se expresa la Condesa de Día en su poema «Estat ai en greu cossirier» («He estado muy angustiada»). En Mariri Martinengo: *Las Trovadoras. Poetisas del Amor Cortés*. Edición de Clara Jourdan. Introducción de Michel Pereira. Traducción poética de Ana Mañeru Méndez. Traducción en prosa de María-Milagros Rivera Garretas. Madrid, Horas y horas, 1997. p. 62. El texto original expone: «Bels amics avinens e bos, / cora-us tenrai en mon poder? / e que jagues ab vos un ser / e qu'ie-us des un bais amoros; / sapchatz, gran talan n'auria / qu'ie-us tengues en luoc del marit, / ab so que m'aguessetz plevit / de far tot so qu'ieu volria». (M. Martinengo: *op. cit.* p. 62).

5 G. Duby: «El Matrimonio en la Sociedad de la Alta Edad Media». En G. Duby: *op. cit.* pp. 13-31, p. 19.

6 «El Sueño de Maxen». En *Mabinogion*. Edición de Victoria Cirlot. Madrid, Siruela, 1988, pp. 83-92. pp. 85-86. (Título original del cuento: «Breuddwyf Maxen»).

algunas materias tales como la amorosa.<sup>7</sup> Pero no es menos cierto que aquellos elementos destacados / idealizados serán los más interesantes para las gentes de la época, lo cual nos permitirá apreciar con claridad los rasgos de belleza más apreciados por los hombres y, así mismo, las mejores tácticas utilizadas por las mujeres para aproximarse a los cánones estéticos imperantes.

Antes de lanzarnos a acometer semejante empresa, será de gran utilidad establecer una diferencia entre dos tipos de seducción, que denominaremos de «pre-enamoramiento» y de «post-enamoramiento». El primer grupo corresponde a aquellos elementos cuyos efectos harían que la mujer conquistase al futuro amante, mientras que el segundo bloque englobaría a aquellos dedicados a mantener encendida la pasión del enamorado.

Analicemos en primer lugar la seducción de pre-enamoramiento. Como ya se ha comentado anteriormente, el amor era generalmente deseo sexual. Por ello, cuanto más bella fuese una mujer, mayor sería la apetencia carnal del futuro pretendiente. Hemos recibido un importante legado de ejemplos, especialmente a través de las conocidas «descriptio puellae» literarias, donde se describe la hermosura física de aquella a quien va referido el escrito. Sabemos, pues, que la piel blanca y suave era la preferida en las artes amatorias, y que el rostro debía contener además cierto color sonrosado en las mejillas. Unos ojos rasgados, nariz fina y labios gordezuelos apoyados sobre un alto cuello de garza resultaban ciertamente atractivos. No suele hablarse de un busto de gran tamaño, pero sí de caderas destacadas. Tampoco debía poseer una constitución cercana a la anoréxica, siendo preferida la mujer carnosa, aunque tampoco en exceso. Los últimos detalles principales vendrían mediante un hermoso peinado, en ocasiones adornado con brillantes diademas u otras joyas, y un vestido largo que estirase el talle y confeccionado en ricas telas que contribuyera a resaltar la belleza femenina y a aumentar la pasión de los hombres, además de ser el material utilizado en la confección un buen indicador –o disimulador– de la condición social de su portadora.<sup>8</sup> Sin duda alguna, la descripción que se hace de la reina Ginebra en uno de los textos componentes de la *Vulgata* artúrica resulta un claro modelo de mujer que despertaría la envidia de la misma Afrodita:

El rey habla con unos y otros, mientras que su hija sirve vino al rey Arturo en la copa de su padre. El rey Arturo la mira con dulzura, le agrada y le gusta tenerla delante, pues era la mujer más hermosa que había en aquel tiempo en toda Bretaña. La doncella estaba contenta y se le notaba en todo

<sup>7</sup> Ya A. D. Deyermond se refiere a este hecho en el amor cortés: «a partir del siglo XII (y esporádicamente antes de esa época) el amor suele considerarse como un impulso ennoblecedor y describirse de un modo idealizado». En Francisco Rico: *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Barcelona, Crítica, 1980. Volumen I: A. D. Deyermond: *Edad Media*. p. 8.

<sup>8</sup> María del Carmen Carlé: *Grupos Periféricos: las Mujeres y los Pobres*. Barcelona, Gedisa, 1988. p. 88.

el cuerpo: llevaba en la cabeza un tocado de oro y de piedras preciosas; su rostro estaba fresco, con color blanco y rojo, tan natural que no era necesario ni más ni menos; los hombros rectos y suaves; el cuerpo era admirable, pues era delgada en los costados, con caderas bajas y bien dispuestas; tenía los pies blancos y arqueados; los brazos largos y gruesos y las manos blancas y carnosas. ¿Para qué os voy a contar la belleza de la doncella, si era más hermosa, más buena, generosa, cortés, discreta, valiosa, dulce y agradable que ninguna?

Cuando el rey Arturo vio arrodillada ante él a la joven, que era tan bella, la contempló con mucho gusto, pues se le notaban los pechos duros y fuertes como manzanas; tenía la carne más blanca que la nieve recién caída y no era ni demasiado gorda ni demasiado delgada.<sup>9</sup>

Junto a la belleza natural, como aquella de la que gozara en su día la futura reina de Camelot, en las tácticas seductoras se incluían las destinadas a resaltar o disimular ciertos rasgos físicos, sobre todo del rostro. Este objetivo se veía cumplido mediante la utilización de varios métodos de cosmética y perfumería medievales:<sup>10</sup>

Por mostrar que no eran las otras sus parejas,  
Alcoholó sus ojos, y se tiñó las cejas;  
Cubrióse de pinturas blancas, y aun de bermejas.<sup>11</sup>

Este nuevo texto indica ya algunas de las técnicas utilizadas en el maquillaje del medievo. Un arma extremadamente sutil en las artes amatorias son los ojos, quienes recibían tratamientos especiales: los párpados podían cubrirse con *alcohol*, un polvillo negro especialmente utilizado en Oriente, mientras que bajo los ojos resultaba bastante eficaz el uso de azul. La piel del contorno podía cuidarse con recetas como la consistente en la cocción en agua de cinco pizcas de menta y veinticinco gramos de perifollo. Tras la ebullición de la mezcla, se dejaba reposar una hora, para ser por último filtrada, siendo aplicado el producto resultante por la mañana y por la noche.<sup>12</sup> La piel blanca podía conseguirse por muy variados mecanismos. Por ejemplo, podía aplicarse a las mejillas una cu-

9 *Historia de Merlín*. Edición de Carlos Alvar. Madrid, Siruela, 1988. Volumen I, p. 250.

10 José María Bermejo Jiménez presenta en su obra *La Vida Amorosa en la Época de los Trovadores* (Madrid, Temas de Hoy, 1996. pp. 44-45) un buen número de trucos embellecedores, muchos de los cuales he recogido en este artículo, profundizando en ellos a través de mis propias investigaciones, las cuales me han permitido a su vez localizar otros métodos que también incluyo en el presente estudio.

11 Es nada menos que la diosa Venus quien así se maquilla en el *Libro de Alejandro*. Introducción, notas y texto íntegro en versión de Elena Catena. Madrid, Castalia, 1985. p. 52. El texto original, bastante similar a la traducción, reza: «Por mostrar que non eran las otras sus pareias, / Alcoforó los oios, tinnio las soberçeias, / Cobriosse de colores de blancas e de uermeias». (*Libro de Alexandre*. Edición de Florencio Janer. Barcelona, Orbis, 1994. p.44).

12 Esta curiosa receta aparece en Ángela Bravo: *Femenino Singular. La belleza a través de la historia*. Madrid, Alianza, 1996. pp. 48 - 49.

riosa mezcla a base de borrajas, narciso, leche de asna, azafrán, sacrocola, polvo de plata y leche de habas. También se empleaban cremas compuestas de manteca de cerdo, aceite de oliva, leche de almendras, lociones realizadas a partir de plantas varias –hojas de salvia o violetas, entre otras– maceradas o hervidas en vino. Para obtener algo de colorete, el azafrán siempre era un buen remedio a utilizar.

Dice la «*vox populi*» que, en términos generales, para conseguir la belleza se debe sufrir. Esto era toda una realidad en la época medieval. Ya se ha dicho más arriba cómo la piel no sólo debía gozar de una brillante palidez, sino de una gran tersura. Para obtenerla se recurría a diversos tipos de depilado donde no sólo las pinzas eran útiles, sino que podía acudirse a buscar remedio en la cal viva, agujas calientes o quitándose el vello con los dedos untados en pez. ¡Cuántos sacrificios exigía Venus a sus discípulas!

Un tema mucho más agradable lo constituye el de los perfumes. El contacto con Oriente abrió las puertas a un mundo nuevo desde el que llegaban nuevas realidades, no sólo el *alcohol* citado más arriba; entre ellas una gran variedad de especias que permitía la existencia de una rica gama de aromas. Este hecho también se vio reflejado en la literatura, como sucede en los célebres *Carmina Burana*:

Quien allí permaneciera  
se volvería inmortal,  
allí cada árbol  
goza de frutos,  
los caminos se aroman  
con mirra, canela y amomo:  
fácil era adivinar  
al señor juzgando por su señorío.<sup>13</sup>

Este «señor» citado en el *carmen buranus* no es otro sino Cupido, el dios niño:

En esto se deja ver  
el hijo de Venus Citerea:  
su rostro es celeste,  
los hombros alados;  
con la mano izquierda empuña un arco  
y del costado penden las saetas;

<sup>13</sup> He aquí la estrofa 66 del «Carmen Buranus» clasificado como XIX en *Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*. Prólogo de Carlos Yarza. Traducción de Lluís Moles. Barcelona-Caracas-México, Seix-Barral, 1981. Segunda edición. p. 191, y equivalente al poema 92 de la conocida edición de los *Carmina Burana* realizada por Hilka, Schumann y Bischoff (Heidelberg, 1930, 1941, 1970). El texto original, también en *Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*. *op. cit.* p. 190, dice así: «Immortalis fieret / ibi manens homo, / arbor ibi quelibet / suo gaudet pomo, / vie myrrha, cinnamo / flagrant et amomo, / coniectari poterat / dominus ex domo».

harto se ve que es  
poderoso y elevado.<sup>14</sup>

Quizá sea este uno de los ejemplos más reveladores para atestiguar la importancia del perfume en el amor, pues incluso en el mismo reino de Eros, el aire huele a dicha sustancia. Además, en este fragmento se dan cita tres conocidos aromas, todos ellos orientales: el amomo –muy conocido dentro de este género botánico fue el cardamomo, proveniente de las montañas húmedas de Indochina, Ceilán (actual Sri Lanka) e India, y cuyas semillas tienen cualidades aromáticas–, la popular canela o la celeberrima –sobre todo por cuestiones bíblicas– mirra. Empero, no eran los únicos perfumes conocidos durante la Edad Media: de origen vegetal eran también el clavo, la nuez moscada, las fragancias como las provenientes del agua de rosas o limones, y las esencias de romero o lavanda. Respecto a los de origen animal, gozaban de prestigio el almizcle –extraído del almizclero y dueño de un fuerte olor capaz de extenderse con suma facilidad–, y el ámbar gris, proveniente de los cachalotes y formado por la oscura sustancia que estos animales producen a fin de protegerse de los cefalópodos.<sup>15</sup>

Junto a la seducción en el aspecto físico aparece también la basada en el aspecto psicológico. No, no es que los hombres quedasen prendados de los encantos intelectuales de las mujeres, pues, como ya hemos establecido, lo más importante era por regla común la belleza carnal. El lado psicológico de la seducción se centraba en convencer al futuro amante de que tal o cual dama era la ideal para él. Sin duda, destacaban en tales materias las alcahuetas. Existen en el mundo literario ejemplos varios, y dos de los más colosales se hallan en la literatura española: la Trotacoventos del *Libro del Buen Amor* redactado por Juan Ruiz, y Celestina, la misma que dió nombre a la obra maestra de Fernando de Rojas.<sup>16</sup> Son dos modelos clarísimos de cómo actuaban las alcahuetas, controladoras de prostitutas y hábiles mensajeras entre los miembros de una posible pareja. Si, por ejemplo, una muchacha sentía atracción por un muchacho, una celestina podía acercarse a él de múltiples maneras –haciéndose pasar por vendedora, tejedora...– y dedicarse a contarle que era hermosa, dulce, maravillosa y otras muchas cosas bonitas se le ocu-

14 Así queda confirmado en la estrofa 72 del mismo poema en *Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*: op. cit. pp. 193 - 195, Como ya hiciera más arriba, incluyo el texto original latino: «Inter hec aspicitur / Cytheree natus; / vultus est sidereus, / vertex est pennatus, / arcum leva possidet / et sagittas latus, / satis potest conici / potens et elatus». *Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*: op. cit. pp. 192 - 194 ).

15 Junto a mi principal fuente en este punto, la ya citada obra de D. José María Bermejo Jiménez, he recogido los datos necesarios sobre el origen (tanto geográfico como natural) y los componentes de algunos aromas de *Nueva Enciclopedia Larousse*. Barcelona, Planeta, 1982. Volúmenes 1, 4, 14 (edición original en Librairie Larousse, 1980).

16 Aunque publicada en fechas que oficialmente corresponden al Renacimiento, *La Celestina* es una obra donde elementos de este periodo se combinan con otros medievales, de ahí su presencia en este artículo.

rrieran sobre la amante, a fin de que el joven quedase convencido de que una joya viviente se había enamorado de él. Generalmente las alcahuetas trabajaban, tanto en el *Libro del Buen Amor* como en *La Celestina*, al servicio de los hombres; pero, y como revela este último texto, podían estar también al servicio de las mujeres. En el décimo auto de esta obra, la astuta alcahueta afirma a Melibea:

Yo daré forma como tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.<sup>17</sup>

Sin embargo, las alcahuetas fueron en muchas ocasiones tenidas por brujas, y se decía que podían utilizar hechizos u otras artes mágicas a fin de enamorar a sus presas:

Si la hechizó o si la dejó o si le dejo atíncar  
o si le dio rayuela o le dio mohalinar  
o si le dio ponzoña o algún adamar,  
mucho aína la supo de su seso sacar.<sup>18</sup>

La magia constituye un punto curioso en las tácticas seductoras. Elementos como los filtros de amor eran, según las supersticiones medievales, una poderosa herramienta capaz de sustituir todas las técnicas ya comentadas, y ante la cual toda voluntad de resistencia por parte de la persona a quien le era suministrada la pócima era inútil. Varios ejemplos nos han llegado, pero quizá existan pocos tan célebres como el de la leyenda de Tristán e Isolda:

Mientras Tristán y sus compatriotas se preparaban y dejaban todo listo, la sabia reina Isolda fabricó con gran ingenio una poción amorosa en una pequeña vasija de cristal. Estaba pensada y escogida con tanta inteligencia, y dotada de tal poder, que cualquiera que la bebiera en unión con otra persona, sintiera lo que sintiera por ésta, la amaría por encima de todas las cosas, sucediéndole a ella lo mismo. Sólo se les daría a estas dos personas una sola muerte y una sola vida, una sola tristeza y una sola dicha, para que las compartieran como una sola.<sup>19</sup>

Hasta que tuvo lugar el «nefasto» equívoco de una criada de la joven Isolda, cuyas consecuencias no serían otras que dejar para la posteridad una de las más hermosas historias de amor jamás narradas:

17 Fernando de Rojas: *La Celestina*. PML, 1994, p. 162.

18 Juan Ruiz: *Libro del Buen Amor*. Ginebra, Ferni, 1973, p. 164.

19 G. Von Strassburg: *Tristán e Isolda*. Edición a cargo de Bernd Dietz. Madrid, Siruela, 1987. p. 147. La reina Isolda que fabricó la pócima amorosa no es aquella que, posteriormente, se enamorará de Tristán, ni de la que éste quedará prendado, dando origen a una de las historias de amor más hermosas y célebres de todo el medievo.

Se levantó y se dirigió al lugar donde estaban guardadas y escondidas la poción y la vasija. Se la dio a su capitán, Tristán, y éste se la ofreció primero a Isolda. Bebió ella de mala gana y sólo al cabo de un rato, dándosela después a Tristán, que también bebió de ella. Los dos creyeron que era vino. [...] Cuando por fin la muchacha y el hombre, Isolda y Tristán, hubieron bebido los dos la poción, entonces hizo su aparición ese poder que roba al mundo todo su descanso, el amor, acechador de todos los corazones, quien se introdujo sigiloso en sus dos corazones.<sup>20</sup>

Creo que el ejemplo resulta bastante concluyente a la hora de certificar la fuerza de la fantasía popular al creer en el poder de estos filtros, capaces de seducir a hombres y mujeres por igual. En este caso, pese a la falta de voluntad de los dos personajes en ingerir semejante producto, la poción sirvió tanto para que Isolda se enamorase de Tristán como para que el caballero cayera rendido a los pies de la joven. Así pues, los documentos que nos han llegado sobre filtros amorosos parecen indicar que sus poderes seductores eran efectivos y, en ciertos casos, de una fulminante rapidez.

Una vez obtenida la conquista, llegaba el momento de poner en marcha los aquí llamados «elementos de post-sedución», consistentes en mantener el interés del enamorado. Para ello, la mujer debía mantenerse tan hermosa como antes de que el pretendiente posara sus ojos sobre ella. Junto a esto, donde se continuarían utilizando las técnicas ya analizadas, la damisela debía actuar cual «dame sans merci», haciéndose de rogar, sin entregarse rápidamente a los brazos de su amante.

Gui, el amante debe demandar por piedad  
 todo aquello de lo que está deseoso,  
 y la dama lo debe ofrecer,  
 mas debe esperar la ocasión.  
 El amante debe presentar sus súplicas  
 y las peticiones de igual modo a una dama que a una amiga,  
 mientras que la dama debe honrar al propio amante  
 como a un amigo, mas no como a un señor.<sup>21</sup>

Detengámonos a estudiar esta reticencia femenina a entregar su amor, cuya función en los círculos medievalistas ha dado origen a un buen número de opiniones diversas y controvertidas pues, si el objetivo era evitar que el

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>21</sup> Así habla María de Ventadorn en su poema «Gui de Ussel, be.m pesa de vos» («Gui de Ussel, me lamento de vos»), según la obra citada de M. Martinengo, p. 73. El texto original dice así (M. Martinengo: *op. cit.* p. 72): «Gui, tot so don es cobeitos / deu drutz ab merce demandar, / e dompna deu l'o autreiar, / mas ben deu esgardar sazoz; / e:l drutz deu far precz e comandamen / cum per amig' e per dompn' eissamen, / e dompna deu a son drut far honor / cum ad amic, mas non cum a seignor».

amor desapareciese del corazón rendido, la mujer podría establecer la prolongación de su entrega indefinidamente, ante el temor de que, una vez declarado su amor al hombre, éste dejase de amarla al ver sus deseos cumplidos. Mas, por contra, si la mujer decidía no entregarse, el fuego amoroso podía apagarse igualmente, al no recibir el amante recompensa alguna a sus esfuerzos:

Pues con hermoso semblante me ha tenido esperando en vano más de diez años, a fuer de mal deudor que siempre promete pero que nada paga. [...] Pero yo me aparto y seguiré otro camino.<sup>22</sup>

Esta perspectiva masculina que ve en la dama una especie de premio a conseguir queda muy bien estudiada por Duby,<sup>23</sup> quien indica agudamente la presencia del peligro como una constante en el amor cortés. Esto resulta ejemplificado por el hecho de que las mujeres favoritas debían ser no sólo hermosas sino preferiblemente casadas.<sup>24</sup> Alcanzarla era algo heroico, pues significaba haber superado todas las dificultades. Siguiendo la teoría de Duby, era un entrenamiento físico-mental para el amante, a quien su dama «premiaría» con sucesivas concesiones de acuerdo con su progresión en semejante *quête*, hasta llegar a la entrega total.<sup>25</sup>

Esta idea de Duby resulta muy plausible, y de hecho responde ya a algunos aspectos de ese «hacerse rogar» de la dama, pues —ya su propio nombre lo indica— el «amor cortés» se daba en el ambiente de la nobleza, donde los hombres debían conocer al máximo las artes guerreras, y donde este entrenamiento, este arrostramiento de peligros amorosos, pudiera constituirse en una buena prueba de formación militar. Además, las figuras de ambiente soldadesco son elementos clásicos en la poesía amorosa cortesana, como el recurrente castillo de amor. Mas, si la explicación militarista resuelve el interrogante sobre la función de la lenta entrega de la mujer, no me parece que responda con la misma eficacia al aplicarla sobre otros textos donde se nos presenta también la espera del galán, aún sin pertenecer al amor cortés. Un claro ejemplo de mis palabras se halla en

22 Así se expresa Folquet de Marselha en su poema «Sitot me sui». El poema dice en su lengua original: «c'ab bel semblan m'a tengut en fadia / mais de detz ans, a lei de mal deutor / c'ades promet mas re no pagaria. [...] mas eu m'en part e segrai outra via». (Cito por R. Archer; I. De Riquer : «Introducción». En *Contra las Mujeres: Poemas Medievales de Rechazo y Vituperio*. op.cit. p. 30). Además, «Si en la canción de amor, la cansó, los trovadores alababan a la dama y le declaraban su amor, en la mala cansó proclamaban a los cuatro vientos el desamor. Se acusaba a la dama, con insistencia, de consentir en ser cortejada por el trovador durante muchos años sin concederle mercé alguna, es decir, sin otorgarle recompensa ni favor» (R. Archer, I. De Riquer: «Introducción» a op. cit. p. 13).

23 Duby, Georges: «A Propósito del Llamado Amor Cortés», en op. cit. pp. 66-73 (originalmente para la Académie Royale de langue et de littérature française. Bruselas, 13 de diciembre de 1986).

24 *Ibidem*, pp. 66 - 73. p. 67. Y Cabré, Núria: *Dona i literatura. La imatge de la dona en la literatura medieval*. Barcelona, Laertes, 1992. p. 105.

25 *Ibidem*, pp. 66-73 . p. 68.

los textos goliárdicos, tales como el inmortal *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz –¿acaso doña Endrina no se resiste inicialmente a las intenciones amorosas del arcipreste literario?– o los *Carmina Burana*:

Gracias doy a Venus,  
que con propicia inspiración  
me ha sonreído  
y me ha otorgado  
el triunfo,  
tan grato y anhelado,  
sobre mi moza.

Tiempo ha que luchaba,  
sin poder  
alcanzar tal soldada;  
ahora me siento  
feliz  
y sereno  
por el rostro de Dione.

Ver, hablar,  
tocar, besar,  
la moza me había otorgado gozarlo;  
pero aún distaba  
la última  
y mejor meta  
del amor.  
Y si no la franqueo,  
lo demás  
no me da sino  
motivos  
de furia.<sup>26</sup>

El militarismo no se incluye en las artes que debiera conocer un goliardo. Quizá pudiéramos alegar la posibilidad de que también era algo formativo en cuanto a la madurez personal –un modo de hacer a un hombre fuerte y hábil mediante este entrenamiento–, pero esta hipótesis no resistiría la irrefrenable embestida de la realidad: la instrucción de muchos goliardos era ante todo eclesiástica, y el amor carnal, así como la vida dedicada a los placeres terrenos más

26 Son las primeras estrofas del poema clasificado como XIII en *Cantos de Goliardo* (*Carmina Burana*). op. cit. pp. 125-127, y equivalente al 72 de la edición realizada por Hilka, Schumann y Bischoff (Heidelberg, 1930, 1941, 1970). El texto original reza: «Grates ago Veneri, / que prosperi / michi risus numine / de virgine / mea gratum / et optatum / contulit tropheum. // Dudum militaveram / nec poteram / hoc frui stipendio; / nunc sentio / me beari, / serenari / vultum Dioneum. // Visu, colloquio, / contactu, basi / frui virgo dederat, / sed aberat / linea posterior / et melior / amori. / Quam nisi transiero, / de cetero / sunt, que dantur alia, / materia / furori». [*Cantos de Goliardo*, (*Carmina Burana*). pp. 124-126 ].

que a conseguir las glorias del Paraíso, era sin duda algo totalmente contrapuesto a la estricta mentalidad religiosa de aquellos tiempos. Negar esto haría inexplicable la reprimenda descargada por el obispo Raimundo de Rocosel sobre un pobre clérigo a principios del siglo XIII en Lodève (Francia), puesto que semejante varapalo se debía, como no, a que el clérigo era además goliardo.<sup>27</sup> No puede pensarse, pues, que la lenta entrega de la amada se deba sólo a causas de formación militar o desarrollo de madurez personal, sino también amorosas.

Es aquí donde llegamos al punto que nos interesa. A mi parecer, la espera del enamorado no es únicamente debida a causas militaristas, sino también amorosas, pues el deseo del amante se ve enardecido durante la larga entrega de la dama. Mientras sea una criatura magnífica, la dama será deseada, y no obtenerla será causa de dolor y desesperación:

Oíd, oídme, los que bien amáis,  
y doleos de mí, si éste es mi sino,  
y luego ved si caso tal se dio  
en los días presentes o pasados.  
En mí compadeced a un semejante  
víctima del dolor más deleitoso,  
pues pronto de mí el diablo va a dolerse  
cuando me vea como él sufriendo.

¿Qué hombre hay que sufra tan cruel dolor  
como esperar lo que esperar no puede?  
No parece verdad, de tan acerbo,  
que deseando esté sin esperanza.  
bien veo mi menguada condición:  
todos mis actos son para mi daño;  
me encuentro sin poder, con tener mucho,  
pues poco mostrar sé lo que deseo.

Mi primer mal es mi condenación;  
por él me enojo y sin razón me acuso;  
segundo mal es el rechazo aciago  
que, si amor os requiero, me mostráis.  
Muy cerca de mi fin me hallo llevado,  
pues mi querer apunta a lo imposible;  
no ha de tardar la hora, ya tardía,  
en que mi pie hollará el camino adverso.

[...]

Lirio entre cardos, creed al mudo amante,  
y al que cambia de rostro la color,

<sup>27</sup> Yarza, Carlos: «Prólogo». En *Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*. *op. cit.* pp. 9 - 42. p. 9.

y al que es medroso cuando Amor recuerda;  
en vano sea el tiempo del osado.<sup>28</sup>

El presente texto del poeta valenciano Ausiàs March indica cómo la espera en ambientes cortesanos produce dolor, tal y como aparece expresado en los escritos goliárdicos. Por ello, me resulta más lógico pensar que los medievales conocían cómo la espera generaba esa pena y un mayor anhelo de obtener a la mujer deseada, aprovechando esos efectos primordialmente amorosos con fines militares, esto último si la teoría de Duby es correcta. Una prueba bastante contundente se levanta en el hecho de que el pretendiente no se lanzase a por una dama sólo porque ésta fuese casada –quedando así el componente del peligro ya asegurado–, sino que su selección se basaba en encontrar a una mujer sumamente hermosa y lo más próxima a los cánones de belleza. Sin amor, no habría dolor y, con ello, desaparecería el deseo producido por esa lenta entrega de la dama. Así, como nos confirman los textos goliárdicos, la reticencia a entregarse es un nuevo elemento productor de pasión, razón por la cual me parece justo incluirlo en la lista de técnicas seductoras femeninas.

A lo largo de este artículo he intentado realizar un análisis sobre los más variados aspectos de la seducción medieval. Hemos podido ver un amplio escaparate de tácticas utilizadas para hacer que, antes y después de la conquista, el hombre mantuviera clavada la flecha de Cupido, siendo «víctima» ante los encantos de la mujer. Un campo realmente curioso e interesante que nos ayuda a conocer y comprender mejor las relaciones sociales de la época medieval, no sólo en lo referente a sexos, sino a los elementos históricos cuya repercusión en la sociedad era directa: factores tales como el comercio, que traía nuevas y fascinantes esencias y telas resaltadoras de la belleza femenina. Un mundo que creo debería ser estudiado con más atención de lo que realmente se ha hecho hasta ahora pero a cuyo análisis espero haya contribuido este artículo.

28 March, Ausiàs: *Obra poètica*. Selección y traducción: Pere Gimferrer. Introducción / Joaquim Molas. Edición bilingüe. Madrid, Alfaguara, 1978. pp. 37-39. Como llevo haciendo durante todo el artículo siempre que me resulta posible, incluyo aquí el texto original, extraído de esta misma edición de la obra del insigne poeta valenciano, pp. 36-38. «Hohiu, hohiu, tots los qui ben amats, / e planyeu mi si deig ésser plangut, / e puyes veheu si és tal cas vengut / en los presents ne-n los qui són passats. / Doleu-vos, donchs, de mi, vostre semblant / en soferir la dolor delitable, / car tost de mi se dolrà lo diable / com veurà mi semblant mal d'él passant. // ¿Qui és l'om viu, tal dolor sufferiant, / que desig çode què se desespera? / Aytant és greu que no par cosa vera / desijar ço de qu'és desesperant. / En sónganatde mon mal estament: / tot quant pratich tornar me sent en dan; / menys de poder me trob, havent-lo gran, / car nóm esforç per mostrar mon talent. // Mon primer mal és mon perdiment, / per què-m ahir e per no res m'acús; / e lo segon és terrible reffús / que vós mostrau si-us feya nqueriment. / Portat me trob a molt prop de ma fi, / puyes mon voler cas impossible guarda; / no tardarà l'ora, que ja fos tarda, / que tendréls peus en l'avorrit camí. [...] Lir entre carts, creeu l'amador mut / y al cambiant de punt en punt color, / e al paüruch com se menbra d'Amor; / del atrevit sia son temps perdut».

## BIBLIOGRAFÍA

## TEXTOS MEDIEVALES:

- Cantos de Goliardo (Carmina Burana)*. Prólogo de Carlos Yarza. Traducción de Lluís Moles. Barcelona-Caracas-México, Seix-Barral, 1981. Segunda edición.
- Historia de Merlin*. Edición de Carlos Alvar. Madrid, Siruela, 1988. Volumen I.
- DE ROJAS, Fernando: *La Celestina*. PML, 1994.
- Libro de Alejandro*. Introducción, notas y texto íntegro en versión de Elena Cateña. Madrid, Castalia, 1985.
- Libro de Alexandre*. Edición de Florencio Janer. Barcelona, Orbis, 1994.
- Mabinogion*. Edición de Victoria Cirlot. Madrid, Siruela, 1988.
- MARCH, Ausiàs: *Obra poética*. Selección y traducción / Selecció i traducció: Pere Gimferrer. Introducción / Introducció: Joaquim Molas. Edición / Edició bilingüe. Madrid, Alfaguara, 1978.
- VON STRASSBURG, G.: *Tristán e Isolda*. Edición a cargo de Bernd Dietz. Madrid, Siruela, 1987.

## ESTUDIOS:

- ARCHER, Robert; DE RIQUER, Isabel: «Introducción» a *En Contra las Mujeres: Poemas Medievales de Rechazo y Vituperio*. Introducción, edición, traducción y notas de Robert Archer e Isabel de Riquer. Barcelona, Quaderns Crema, 1998. págs. 11 - 103.
- BERMEJO JIMÉNEZ, José María: *La Vida Amorosa en la época de los Trovadores*. Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- BRAVO, Ángela: *Femenino Singular. La belleza a través de la historia*. Madrid, Alianza, 1996.
- CABRÉ, Núria: *Dona i Literatura. La imatge de la dona en la literatura medieval*. Barcelona, Laertes, 1992.
- CARLÉ, María del Carmen: *Grupos Periféricos: las Mujeres y los Pobres*. Barcelona, Gedisa, 1988.
- DUBY, Georges: *El amor en la Edad Media y otros ensayos*. Madrid, Alianza, 1990. (Edición original: *Mâle Moyen Age. De l' amour et autres essais*. Paris, Flammarion, 1988).
- MARAVALL, José Antonio: *El mundo social de «La Celestina»*, 3ª edición revisada. Madrid, Gredos, 1981.
- MARTINENGO, Marirì: *Las Trovadoras. Poetisas del Amor Cortés*. Edición de Clara Jourdan. Introducción de Michel Pereira. Traducción poética de Ana Mañeru Méndez. Traducción en prosa de María-Milagros Rivera Garretas. Madrid, Horas y horas, 1997.

- Nueva Enciclopedia Larousse*. Barcelona, Planeta, 1982. Volúmenes 1, 4, 14 (edición original en Librairie Larousse, 1980).
- PERNOUD, Régine: *La Mujer en el Tiempo de las Catedrales*. Barcelona, Juan Gràfica, 1982 (Edición original: *La Femme au Temps des Cathédrales*. Stock, 1980).
- RICO, Francisco: *Historia y Crítica de la Literatura española*. Barcelona, Crítica, 1980. Volumen I: DEYERMOND, A. D.: *Edad Media*.
- RUIZ, Juan: *Libro del Buen Amor*. Ginebra, Ferni, 1973.
- TEMPRANO, Emilio: *Vidas poco ejemplares. Viaje al mundo de las ramerías, los rufianes y las celestinas*. Madrid, Ediciones del Prado, 1995.
- WADE LABARGE, Margaret: *La Mujer en la Edad Media*. Madrid, Nerea, 1986 (originalmente publicado como *Women in Medieval Life*. Hamish, Hamilton, 1986).